

LA COMUNIDAD RURAL ANTE LA VOCACION DEL ANTROPOLOGO

JOSÉ MANUEL GÓMEZ-TABANERA
Universidad de Oviedo

A los ojos del antropólogo, las constelaciones sociobioculturales se presentan siempre como una *gestalt* orgánica. De aquí que un individuo, un pueblo, una cultura, una civilización son siempre analizados como una totalidad, como una realidad simple o compleja que se estudia como un todo.

Cualquiera de las unidades o configuraciones aludidas puede ser objeto de "antropología de campo" con excepción del individuo, que únicamente por abstracción puede manifestarse aislado de sus semejantes. El estudiante de Antropología tiene que tener inmediatamente conciencia de que las relaciones entre "individuo y sociedad" o "personalidad y cultura" entran perfectamente dentro de las preocupaciones de los estudiosos de Ciencias Humanas merced al impulso que la psicología moderna ha dado a la antropología aplicada, ayudando a esclarecer múltiples hechos oscuros de comportamiento individual dentro de la colectividad.

Aun cuando muchos de estos hechos sociales son objeto de nuestro estudio, no todos ellos nos presentan un campo idéntico de investigación. Por razones de método no es en manera alguna aconsejable iniciar el estudio de la sociedad por el individuo que, como tal, carece de significado social, ni por la civilización, ni por una nación determinada, que son estructuras sociales extremadamente complejas, por lo que el estudiante no iniciado perdería lamentablemente su tiempo, al carecer de bases de discriminación. De aquí que a la hora de proponer al estudiante de antropología cultural un trabajo práctico, la unidad ideal que, a nuestro juicio, reúne un conjunto de condiciones a considerar óptimas para su familiarización con las teóricas antropológicas, la constituye indudablemente la llamada "*comunidad*".

Aun cuando se han dado diversas definiciones de comunidad, cabe entender como tal un "grupo local" integrado por personas que comparten un territorio o comarca bien definidos y que están ligadas por lazos

de intimidad y convivencia personal participando de una herencia cultural común. Los miembros de una comunidad pueden constituir un grupo más o menos numeroso y están ligados por lazos de parentesco, convivencia e intereses comunes, lo que les da el sentimiento de participar en un destino común.

El concepto de comunidad hasta hace poco no fue enteramente fijado, y varía con los autores, según éstos procedan del campo de la Geografía Humana o de la antropología regional o comarcal. Así, un grupo de antropólogos americanos define la comunidad con "*the maximal group of persons who normally reside together in face to-face association*". Esta definición se aproxima bastante a la dada más arriba, aun cuando no parece prestarse a una traducción exacta en lengua española.

R. Redfield, que consagró gran parte de su actividad a los estudios de comunidad y a los problemas de método relacionados con ellos, emplea frecuentemente la expresión "comunidad", refiriéndose a unidades mayores de cultura a las que otros antropólogos denominan, según los casos, área cultural, cultura regional o cultura nacional. Para él, "comunidad", en el sentido aquí adoptado, es "pequeña comunidad". En el fondo son pequeñas cuestiones de terminología que no afectan el aspecto conceptual de los problemas. No sucede, en cambio, lo mismo con otros autores, que se sirven de la voz "comunidad" para designar pequeños grupos humanos unidos temporalmente, como pueden ser los mineros de una misma empresa, los alumnos asistentes a un mismo curso o los individuos empeñados en una misma lucha guerrillera. Es evidente que, en cada uno de estos casos, no se trata de comunidades y su estudio requiere un método propio. El estudio de estos grupos que son menos que una comunidad —a veces, simplemente, un segmento de ella—, así como el estudio de un grupo de edad, o de las mujeres casadas, acostumbra a llamarse "sociología del pequeño grupo".

En cierto modo, la ciudad es una comunidad; pero el desenvolvimiento extraordinario de la mayor parte de las ciudades modernas hace imposible que los individuos se nos aparezcan ligados por lazos de intimidad o convivencia personal. En estas macrocomunidades, las relaciones se regulan por normas de convivencia, pero generales y abstractas, las cuales, aun cuando en su origen hubiesen sido formas de convivencia personal o intimidad, con el desenvolvimiento de la vida urbana acabarán por instituirse y adoptar un carácter impersonal. Por otro lado, la enorme estratificación social convierte a la ciudad en algo extremadamente complejo y difícil de ser abarcada por un solo investigador. Sólo un equipo nutrido de diferentes especialistas puede llevar a cabo tal estudio.

De aquí que la comunidad a que nos referimos sea más pequeña o más homogénea. En nuestro caso concreto, la comunidad que en Asturias constituye parte integrante de un *concejo* se denomina corrientemente *parroquia* como configuración integrante de *aldeas* y puede ser abarcada por un solo observador.

Una comunidad de este tipo es el laboratorio ideal para el alumno universitario de antropología cultural, a la hora de efectuar no ya una tesis, sino incluso una memoria de licenciatura, ya que se pueden estudiar en concomitancia problemas de cultura y personalidad, problemas de interacción social, cuestiones de "status y rol", aspectos de "mentalidad secular", relaciones entre economía y organización social, estructuras semiológicas caracterizadas, formas embrionarias de organización política, relaciones entre grupos, etc.

Inicialmente, el estudiante puede interesarse especialmente por la organización familiar y parental, por "las fuerzas vivas", por la tecnología, por la problemática de la aculturación, sin necesidad de dedicarse al estudio del grupo local considerado como una *gelstat*. Por lo que respecta a sociología, puede decirse que el estudio de la pequeña comunidad es lo que da a la etnología regional el carácter de ciencia empírica inductiva que hoy tiene al trascender a antropología inductiva.

Seguro que, basados en la historia primitiva, cabe concluir: el hombre vive desde los tiempos más remotos en pequeños grupos o bandos aislados. En Asturias, y muy posiblemente desde la Edad de los Metales, tras abandonar una economía estacional, estos grupos se han asentado en alturas fortificadas, constituyendo, al igual que en Galicia, *citancias* o *castros* (*oppida*). No cabe hablar de gran familia, como ocurre en distintos lugares de Europa, aun cuando existan configuraciones tempranas que se manifestarán en las llamadas *quintanas*. Únicamente, y a partir de la Alta Edad Media, puede hablarse (prácticamente, a partir del siglo VI), de grupos familiares afincados junto a otros, o de centros de población, manteniendo relaciones de diversa naturaleza. Hoy, pese a la tendencia moderna para la dispersión de poblamiento rural, puede afirmarse que en más de la mitad de la población asturiana agrupada en concejos, y pese al triángulo en desarrollo (Oviedo, Avilés, Gijón) y alguna otra ciudad de raigambre medieval, se sigue viviendo en aldeas y lugares.

La comunidad concebida de esta forma se caracteriza, en primer lugar, por la *distinción de sus límites*. No sólo los individuos que la constituyen tienen noción clara de estos límites, sino que incluso el forastero que se asienta en un determinado lugar, pronto adquiere conciencia, pongamos por caso, de la personalidad del concejo, configuración más cerca de la parroquia que del municipio. A la vera del grupo local se establece una zona vacía de gentes, constituida por territorios de la comunidad y de las comunidades vecinas. Tales territorios, sean cuales sean el tipo de economía de la población y la forma de propiedad, considéranse como constitutivos del área de la comunidad.

La segunda característica la constituye la *homogeneidad cultural*. Puede decirse que los individuos de los distintos sexos, cuando pertenecen a los mismos grupos de edad, tienen actividades y aptitudes mentales semejantes. Cada generación, hasta prácticamente 1950, en Asturias, repetía con pequeñas modificaciones lo que hacía la precedente, sobre

todo tratándose de sociedades aisladas y segregadas de la convivencia directa con extraños.

Dado el hecho de que todos los individuos se presentan más o menos asociados por procesos de interacción permanente, resulta que unos pueden participar en las experiencias vividas de los otros, acabando por establecerse, con el tiempo, una *homogeneidad* perfecta de acciones, sentimientos y pensamientos. Ese resultado, en Asturias, se aprecia de forma particular; cuando se encuesta a personas de distinta edad pero que, en trienios o cuatrienios consecutivos, han pasado dos o tres años trabajando en Centroeuropa, con objeto de constituir un pequeño capital familiar base. Pues bien; existe una *homogeneidad de sentimientos y pensamientos*, entre, por ejemplo, aquellos que trabajaron en Bélgica entre 1965 y 68, y 69 y 72; una especie de espíritu de cuerpo, no muy distinto, posiblemente, del que allá, en las primeras décadas del siglo XVI, sintieron los conquistadores hispanos en su enfrentamiento con el Nuevo Mundo. Algo similar hemos notado también, por ejemplo, en el mismo Oviedo entre gentes de distintas edades, aunque ya maduras, que entre 1940 y 1943 formaron parte de las filas de la División española de voluntarios que luchó con las potencias del Eje en Rusia (División Azul), y que suelen reunirse aún en un local *ad hoc* junto al arco de San Vicente, rememorando viejos tiempos de camaradería. Ahora bien; este ajuste de unos individuos a otros no excluye de manera alguna conflictos latentes o declarados de ciertas personalidades, aun diferenciadas. En realidad, estos conflictos en Asturias, como supongo ocurre en otras regiones españolas, pueden achacarse a veces a relaciones entre "vencedores y vencidos", y que crearon tensiones en el trienio que va desde 1937 a 1940, marginando a determinadas personalidades o creando determinados síndromes.

La tercera característica de la comunidad la constituye la *autosuficiencia*, esto es, la capacidad de proveer a las necesidades de sus miembros mediante instituciones sociales suficientemente desarrolladas. Desde que el individuo nace hasta que muere, encuentra en la comunidad las condiciones para realizarse. En el seno de la comunidad encuentra manera de matar el hambre y asimismo la satisfacción de sus necesidades lúdicas o sexuales, distensión física, seguridad, auto-estima, y naturaleza espirituales. A este respecto, son aleccionadoras elaboraciones literarias como la debida a Leopoldo Alas con su obra *La Regenta*, auténtico monumento en el que despliega sus geniales dotes inquisitivas, que no envidiaría O. Lewis, a la hora de darnos un retrato exacto, aunque quizá excesivamente matizado, de "la discreta vida de la burguesía" en el Oviedo de su tiempo (Vetusta). Hoy en día, todas las comunidades mantienen contactos más o menos estrechos con otras sociedades, e incluso las más marginadas o segregadas, como podrían ser, pongamos por caso, las gentes de las *brañas*, que no dejan de tener relaciones de cualquier naturaleza con poblaciones vecinas.

La comunidad que nos interesa a efectos de prácticas por el estudiante de Antropología, es aquella que puede ser estudiada por un solo

observador. Sucede a veces que el número de los habitantes supera el número ideal que puede ser fácilmente controlado por un solo investigador; pero si la cultura se manifiesta muy homogénea, será posible limitarse a estudiar una parte de la comunidad que corresponda perfectamente al todo. Si, por el contrario, existe poca homogeneidad, el estudio indudablemente ha de hacerse en equipo.

Las comunidades que obedecen a las características arriba apuntadas, son admirables en su individualización y unidad. Pueden estudiarse como si se tratase de un individuo, atribuyéndoseles cualidades o defectos que perduran a través del tiempo, constituyendo "dictados tópicos", como constantes que las tipifican en relación con sus vecinos.

El sentimiento de unidad es también combatido por sus miembros que, en general, dicen "nosotros hacemos esto o lo de más allá", como si las acciones y las cualidades de cada individuo fuesen prácticamente las mismas y diferentes de los individuos de otras regiones. Cabe hablar, naturalmente, de *etnocentrismo*, que en ocasiones llega a manifestaciones un tanto chauvinísticas: "Asturias es España; el resto es tierra de conquista", es una expresión que se ha hecho tópica. ¿Pero no existen acaso formas parecidas en el resto de las provincias españolas?

En general, esta homogeneidad social y cultural contribuye, pese a las rivalidades concejiles y familiares, a que dentro de la comunidad reine una ejemplar armonía. Es cierto que la armonía interna es a veces reemplazada en relación a comunidades próximas, aunque de culturas iguales. Son prueba de este sentimiento de individualidad y hostilidad los dictados tópicos usados en muchos concejos para definir de forma burlesca o peyorativa a otros concejos y a otras aldeas. Muchas veces esa hostilidad se transforma en auténtica agresividad, no siendo extraño que se traduzca en reyertas locales o pequeñas guerras endémicas.

Sucede que, en ciertas regiones, algunas de las características señaladas no se presentan excesivamente nítidas para el antropólogo bisoño. La distinción de límites es en cierto caso más saliente, porque a veces del núcleo de población se extiende una gran área de "tierra de nadie". En las regiones habitadas por bandos que no moran en aldeas permanentes, pero viven en *habitats estacionales*, se constituyen constelaciones pequeñas, de grupos de grandes familias; es una especie de poblamiento aglomerado. Con todo, cada constelación aparece separada de otras por largos trazos de terreno que permiten asimismo una delimitación clara. Podemos llamar a esto una *comunidad de vecindad*.

En otras regiones más densamente pobladas, donde el poblamiento es difícil y disperso, es raro encontrar límites de la feligresía dado que las casas de labor salpican el terrazgo sin formar un núcleo claro y sin establecerse una zona vacía de casas entre una feligresía y otras. Con todo, asimismo, cuando no hay un núcleo claro existe una cierta cohesión formada por lazos de *parentesco y vecindad*. Sobre todo la iglesia, la escuela o el bar, serán puntos de encuentro periódico, así como el atrio de la iglesia o el terreno próximo, donde la mocedad se reúne los domingos y fiestas, fortaleciendo los lazos de vecindad, aún tenues cuan-

do se comparan con las aldeas compactas de la montaña o los valles o brañas. A veces nos encontramos frente a una población dispersa en el paisaje, de forma perfecta, sin formar núcleos propiamente dichos, de forma que quizás se presenta difícil establecer la mínima delimitación del grupo, aunque se manifieste, merced a la encuesta etno-demográfica, todo un reticulado de relaciones de parentesco y vecindad, relaciones nunca lo suficientemente claras, a primera vista, para suplir la falta de delimitación natural. En estas circunstancias nunca será posible emprender un estudio de la comunidad como quien estudia un todo.

Estas dificultades no se manifiestan, empero, en diversas regiones montañosas, como ocurre en ciertos valles alpestres pirenaicos, e incluso astur-cantábricos.

Para el estudiante de la comunidad, los casos más interesantes son aquellos que le permiten convivir constantemente con la población cuyos movimientos se puedan controlar directamente, sin ser necesario utilizar estadísticas o un equipo de colaboradores. Esta comunidad se nos aparece representada por grupos locales, cuyas casas forman un grupo compacto, aun cuando su periferia se exprese en cierta dispersión. En Asturias tenemos infinidad de casos semejantes, de los que actualmente algunos estudiantes de Geografía Humana y Etnología, con conocimientos de técnicas estadísticas, han iniciado, bajo la dirección del Prof. Quirós Linares, Director del Departamento de Geografía, y mía, como responsable interino de la didáctica de la Antropología y Etnología en nuestra Facultad, encuestas inicialmente etno-demográficas que, a la vez, les permiten observar una serie de realidades culturales y sociales que se manifiestan en los límites estrechos de su vida cotidiana. Es significativa la facilidad con que el estudiante, sobre todo si habla un poco de *bable* en sus modalidades comarcales, puede penetrar en la intimidad de las personas moradoras de un caserío o quintana. El ejemplo que nos dan trabajos realmente interesantes como los llevados a cabo por M. J. Canellada, J. Arias y otros, es el aspecto significativo. También, el que una vez conquistada la confianza de las gentes de una quintana, no sea difícil obtener la de los moradores de la quintana contigua o vecina, que empieza a considerarle a uno persona de confianza. En el poblamiento disperso, es difícil conquistar familia por familia, lo que puede llevar mucho más tiempo.

Una vez impuesto en la situación y vencidas las primeras dificultades —que a veces son realmente graves—, el etnólogo comienza a observar la vida del entorno, los procesos de "ecosis". De antiguo, se impone en las reglas elementales de comportamiento del etnólogo que éste no se convierta en persona sospechosa, entrometida o desagradable a los ojos de la comunidad cuyo estudio se ha impuesto. Para ello conviene que se haga persona grata o simpática a sus huéspedes, no ejecutando cosas que choquen con la cultura e idiosincrasia local. Es preciso estar dotado de una cierta receptividad y tacto. Cuando no se tienen en manera suficiente tales virtudes conviene medir los gestos, no demostrar excesiva curiosidad, principalmente hacia todo aquello que tenga un ca-

rácter más personal o que pertenezca al campo de la animología o cultura espiritual. Conviene saber justificar su estancia en el lugar encuestado, variando a veces la explicación, según los casos. Con todo, en ciertas regiones de Asturias siempre nos ha dado resultados óptimos el justificar nuestra presencia con el pretexto, no incierto, de la búsqueda de yacimientos prehistóricos, o el dibujar el hórreo o panera del caserío para un censo a nivel provincial, cuya inclusión en las relaciones a procesar que estamos elaborando, quizás traiga consigo una desgravación fiscal. Ganada la confianza del paisano, siempre iniciamos la investigación interesándonos por la cultura material, por las técnicas y por la vida económica. Por lo general, estos aspectos de la vida no se ocultan y todos, desde el primer momento, se muestran dispuestos a enseñar, explicar e informar al extraño, que demuestra un particular interés por ellos. No conociendo las variantes dialectales locales, a veces nos han acompañado bablistas del Departamento de Lingüística de la Universidad de Oviedo. Nuestra tarea se simplifica así, iniciando la labor preguntando los nombres en *bable* o en castellano de los objetos circundantes y las operaciones que se observan cuando los paisanos se entregan a sus habituales trabajos. Indudablemente, y en nuestro caso, el conocer algo de *bable* es decisivo, ya que el asturiano se siente orgulloso del interés que, en cierto modo, un forastero demuestra al Principado de Asturias y sus manifestaciones y variantes.

La necesidad de fijar los vocablos hace imprescindible la utilización no del cuaderno de campo, sino también el conocimiento del alfabeto fonético y la oportuna transcripción semiótica. El que se escriba ante sus narices suscita muchas veces recelo a los paisanos. El pretexto de la encuesta lingüística suele ser, no obstante, aceptada y los interrogados acaban familiarizándose y ya no ponen inconveniente para que se tome nota o, mejor aún, se registre en una *cassete* fono-magnética todo aquello que hacen, dicen o nos cuentan. En los primeros contactos puede evitarse el tomar notas en presencia de los individuos y hacer uso un tanto subrepticamente de una magnetófono de bolsillo; pero esto no descarta, en manera alguna, la utilización de un cuaderno para registrar los hechos observados.

Las técnicas de observación y análisis que forman parte de nuestros métodos de trabajo, nos permitirán hacer una disección de la comunidad que inicialmente teníamos incluida como un todo. Paulatinamente van así desarticulándose y descomponiendo en sus elementos más simples las unidades, que habremos de agrupar un poco de acuerdo con rúbricas establecidas, pero que, de vez en cuando, nos ayudarán a comprender el conjunto.

Aun a la hora de ir descomponiendo el todo en sus partes, nos daremos cuenta de las relaciones que éstas mantienen entre sí, observando las funciones que desempeñan, constituyendo no sólo complejos culturales, sino auténticos sistemas orgánicos y funcionales. Poco a poco, tornamos a reconstituir el *puzzle* a partir de sus elementos más simples. El todo incluido inicialmente comienza a presentárenos como un todo lógi-

co, comprensible y claro. El conjunto se nos aparece formado por sistemas integrados, y cada sistema es el resultado de la integración de los elementos de cultura en configuraciones funcionales.

La preocupación del etnólogo o del antropólogo social será, por tanto, la de encontrar la manera más adecuada de interpretar la realidad compleja y total que es la comunidad y ser capaz de expresar esta interpretación en términos de perfecta comprensibilidad.

Esto, sin embargo, no es nada fácil. Téngase en cuenta, como ha señalado Mendres, "que todo análisis sociológico es, a la vez, un análisis ideológico" y que un grupo humano puede ser observado desde diferentes ángulos que si presentan una interpretación exacta de un sector de la realidad puede deformar los restantes. Es algo parecido a lo que sucede en las proyecciones cartográficas: que nos presentan a los continentes muchas veces con notables deformaciones al presentárnosles en clámide, en planisferio e incluso en proyección estrellados.

La propia actitud inconsciente del observador, sus ideas preconcebidas, personales o de escuela, pueden llevar a enfocar sólo ciertos aspectos de la realidad, oscureciendo otros tan importantes como los que se estudian. La aplicación del método estructuralista, o de modelos suministrados por Lévi-Strauss, Colin Clark, Evans-Pritchard, etc., han hecho que, en los últimos años, en diversas monografías se haya llegado a valiosas conclusiones en antropología parental, pero también que se descuiden importantes sectores de la realidad socio-cultural.

A veces incluso, ciertos *apriorismos* llevan a suministrar únicamente argumentos que ratifican la idea preconcebida seleccionando elementos o sugiriendo las respuestas a los informantes. Otras veces, la comunidad nos choca por ciertos rasgos característicos, e insensiblemente nuestro trabajo de análisis y reconstitución interpretativa comienza a incidir sobre su aspecto y no reparamos en otros, igualmente significativos. Son bien conocidas dos monografías de la misma comunidad de *Tepetzlan*, hechas en épocas diferentes, por dos autores concienzudos y aplicados: Redfield y Lewis, que nos han dado visiones diferentes de una misma realidad. Algo parecido ocurriría hoy a la hora de estudiar la comunidad en la Sierra de Grazalema, que hace varios lustros inspiró el libro de Pitt-Rivers. Los ejemplos abundan. Esto demuestra cómo es necesario reflexionar sobre el método a utilizar, de forma que nos dé un cuadro lo más fiel posible de aquello que estudiamos. Y si es prácticamente imposible encontrar la forma de expresar de manera absolutamente perfecta la comunidad, debemos esforzarnos por elaborar métodos que nos permitan aproximarnos en lo posible a la desiderata.